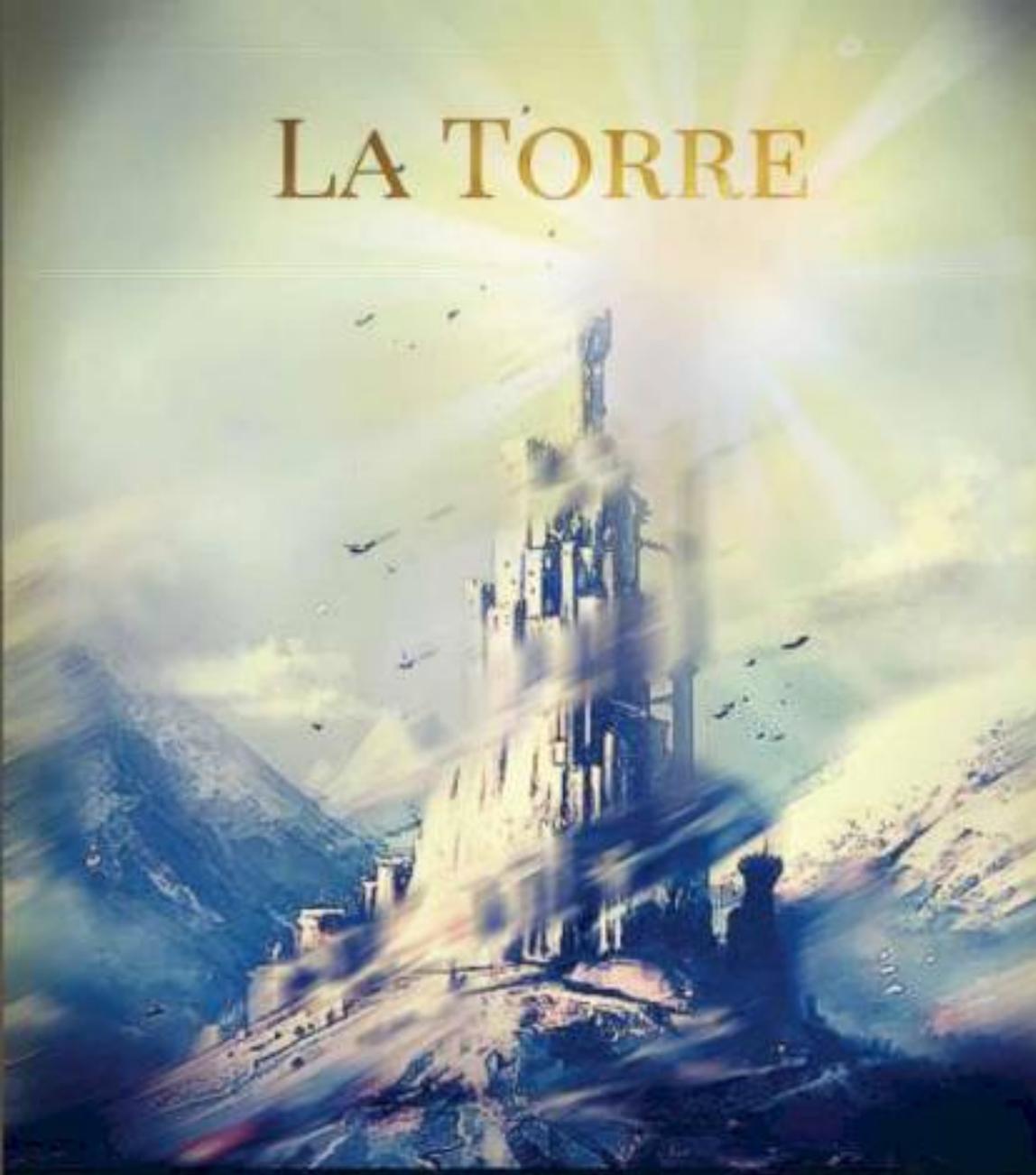


# LA TORRE



Ricardo Alvarado

presenta

# La Torre

**Por**

# Ricardo Alvarado.

La Torre

Ricardo Alvarado

Publicado por Ricardo Alvarado en Smashwords

Distribuido por Smashwords.

Copyright 2016 Ricardo Alvarado

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del **copyright**. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# Tabla de Contenidos

[La Torre](#)

[Por](#)

[Ricardo Alvarado.](#)

[Introducción.](#)

[Capitulo Primero](#)

[El Camino del Mago.](#)

[Capítulo Segundo](#)

[Los Horrores.](#)

[Capítulo Tercero](#)

[Sombras, Blancos, Rojos y Reina.](#)

[Capítulo Cuarto](#)

[El Fulgor](#)

[Prólogo](#)

[Despertar en la Alborada.](#)

Agradecimiento especiales para todos los que han caminado junto a mí en la creación de este Libro, gracias desde lo más hondo de mi alma, a sabiendas que este primer paso es cuidadoso y a la vez lento porque al andar no sabes cuán rápido y lejos tus pasos te pueden llevar.

## Invocación del Fuego.

Ne kirie at rama turmdiak  
 Etse at ufor na arfolie  
 An dianok urksiarnia an briana  
 Tofaliae toile ufor nunrie chadda  
 At ume ne toria adanok  
 Nieh ne kiriem afm kirie surknakoth  
 Isu draga adakoth surknakoth  
 It numrie ixe ume af ruri kiriem atta  
 Dixiafra ufor ne chadda nies afarag  
 trul in em turmdiah ans afaragi  
 calari in em asganie an odrari  
 at feel na kirie strathotu  
 na kirie amuss.

El fuego que quema el alma,  
 Cenizas que sobre la aurora  
 La muerte extiende al alba,  
 Horas amargas sobre este manto  
 Que es el cielo silenciado,  
 Por el fragor del fuego poderoso,  
 Dime arte Arcano poderoso,  
 Si este hecho es de suyo fulguroso,  
 Extiende sobre el manto los signos,  
 Escribo en mi alma las runas,  
 Recito en mi mente la plegaria,  
 Que llama al fuego trepidante,  
 Al fuego candoroso.

### Sobre el Arfol del Silencio.

Se escribió con la sangre de los Arcanos, el grimorio final y definitivo, los cuatro destructores fraguaron con su vida o muerte un poder tan terrible e indomable que ellos mismos temían de él. Línea tras línea, en el pergamino más largo jamás escrito conjuro alguno, un pergamino negro como la noche y en un lenguaje ininteligible, con letras terribles como la muerte, cada una de ellas escritas con sumo cuidado con la sangre mezclada de Los Cuatro, un idioma hermético Arcano conocido solamente por ellos, maldito para quien osara intentar tomarlo y no fuera uno de ellos, el Arfol del silencio, destinado a cobrar miles de vidas, el arma definitiva.

Fragmento del Manual de Cadenas.

## Introducción.

El cielo se había cubierto hace varias horas y una lluvia torrencial se precipitaba inmisericorde, un presagio quizá, una niebla comenzaba a cuajar en el pueblo y el frío era perturbador. La taberna del viejo Kernall siempre era acogedora, incluso en días como este, claro, como siempre yo tenía los bolsillos vacíos y no podía costear algo para comer, pero el viejo Kernall por alguna razón desconocida para mí me había tomado cierto aprecio y cuando no podía andar en las calles haciendo el dinero para comer y alojar, sobre todo en días de tormenta, no me cobraba ni un Dekall. Así fue que me quedé en el rincón más apartado del salón, era la zona más alejada de la chimenea, pero de todas formas estaba abrigado y bebiendo un vino fuerte podía calentarme aún más mientras la gente comenzaba a llegar como todos los días a pesar de la tormenta.

Entraron dos sujetos encapuchados, sin embargo al descubrirse la cabeza de inmediato supe que eran del ejército rojo, llevaban varios días merodeando por el pueblo y habían llamado mucho la atención puesto que era realmente raro verlos en pueblos pequeños a pesar de estar relativamente cerca de la capital, Arágmador. Se sentaron en un sector apartado del salón y ordenaron vino especiado y queso, bebieron y comieron tranquilamente mientras conversaban en un volumen casi inaudible, por supuesto que esto me había llamado la atención, no sólo porque fuera raro verlos por estos lares, sino que además su comportamiento era demasiado precavido; pronto la taberna estuvo atiborrada de gente y se me hacía difícil seguirles con la mirada entre tanto cliente, sin embargo en un segundo fugaz logré ver como de ellos sacó un pergamino de

entre su túnica y se lo alcanzó al otro en un extraño ademán, de inmediato mi instinto de coleccionista me dijo que debía ser un objeto raro, necesitaba acercarme a escuchar lo que conversaban de manera tal que no se dieran cuenta que los había estado observando todo este tiempo, era una jugada arriesgada, pero en ese instante un borracho se les acercó escandalosamente cantando una tonada del valle, pasé raudo entre las mesas esquivando tanto ebrio había en mi camino, pero no contaba con que el mismo ebrio que los distrajo me haría tropezar sobre la mesa de los Rojos, caí estrepitosamente sobre la mesa desparramando el vino y la comida sobre ellos.

-¿Qué te sucede perro callejero, quieres que te colguemos como a los otros?- uno de ellos se adelantó para golpearme cuando el viejo Kernall se les acercó raudo.

-Vamos señores, este sitio es para relajarse, no para causar problemas, dejen al chico en paz, de todas formas él ya se va- la mirada enfadada del viejo Kernall me arrebató cualquier gana de replicar, él sabía lo que había pasado, o al menos lo intuía.

-Te ha salvado el anciano, vete antes de que me arrepienta, a menos que prefieras que los cuervos te saquen los ojos- el otro soldado lo miró serio como si fuera su superior.

-Déjalo Kleg, llévalo a la salida y que se marche, ya estoy harto de los ladrones y borrachos de este lodazal- me arrastraron fuera de forma violenta y estrepitosamente me arrojaron al barro y la lluvia.

-Y no vuelvas idiota o ya sabes lo que te espera- el soldado miró a ambos lados de la calle al sentir el sonido del galope pesado de unos caballos, entonces una sombra enorme apareció entre la niebla nebulosa, una sombra más oscura que la misma noche, eran demasiados, nunca en el pueblo tantos Rojos habían marchado sobre las pútridas calles.

-¡Detente ahí soldado!- la voz era contundente, cálida, pero contundente. La imagen se me dibujó terrorífica, el vaho escapaba del hocico del enorme corcel como una nube, era un corcel terrible, casi tan terrible como el sujeto que lo montaba, al descubrirse la cabeza de su casco carmesí su largo cabello plateado se desparramó sobre él como ríos de plata bruñida llevándose con eso mi aliento, no podía creerlo, ¿era acaso aquel general del que tanto se hablaba? -Mi Señor- dijo el soldado mientras ponía una rodilla sobre el frío barro sin importarle la inmundicia, la lluvia no paraba de caer inclemente, hacía mucho tiempo que no llovía de esa manera. El jinete se bajó del corcel y me miró casi con desprecio -Lárgate- me dijo mientras me correteaba con la bota, por supuesto que no iba perder esta oportunidad y salí corriendo, si, jamás esa sensación tan extraña, era como si supiera que permanecer ahí era peligroso, como si supiera que ese hombre era perfectamente capaz de matarme, pude sentir en su presencia una fuerza bestial, distinta, como la de un demonio. Recorrí todas las calles y callejones del pueblo hasta salir de él, fuera de los muros, no muy lejos estaba mi escondite secreto, todavía mi corazón latía agitado cuando entré ahí buscando refugio ya no de la lluvia inclemente, sino de aquel hombre cuya mirada fulminante se había llevado todo el valor que creía tener.

En la puerta de la posada se había formado un verdadero lodazal, la rodilla del soldado reposaba sobre el frío lodo y su cuerpo temblaba, no de frío, sino de miedo, sin embargo tuvo el valor para hablar, aunque sin levantar la cabeza ni siquiera un centímetro -Mi Señor Lidor, disculpe la impertinencia, pero ¿qué le trae a este pueblo de ladrones y muertos de hambre?- la antes reluciente armadura de Lidor estaba salpicada de barro, sin embargo esto no opacaba en nada su presencia altiva, sacó su espada refulgente mientras su pesada capa por la lluvia se movió sutil sobre sí misma, sostuvo su espada por todo lo alto, el resto de los

jinetes lo miraban silenciosos mientras la noche parecía mucho más terrible ahora.

-¿Dónde está el Grimoir?!- la espada destellaba con cada relámpago en el cielo sin siquiera temblar un poco.

-No sé de qué me habla mi Señor- mantuvo la mirada fija en el suelo.

-Es tu última oportunidad, sé que dos soldados huyeron de Arágmador hasta esta pocilga, no veo otro soldado por aquí, ahora me vas a dar el Grimoir y haremos como que aquí nada ha pasado-

-Está dentro- mascullo la respuesta con miedo, alzó la mirada pidiendo clemencia, Lidor miró a sus jinetes- Saquen al otro, y que no quede nadie con vida-

Entraron destrozando todo, nadie pudo resistirse, los caballeros del ejército rojo los pasaron por la espada en un dos por tres, la sangre oscura regada sobre los tibios tablores de la taberna escribió esa noche el castigo. Entró Lidor arrastrando a Kleg de un brazo y lo arrojó sobre la sangre y la comida que estaba desperdigada por todo el salón - ¿dónde tienes el Grimoir?!- Lidor preguntó calmo, casi como si no hubiera visto nada, sus pisadas resonaban en la madera cubierta de sangre.

-¡No lo tengo!- gimió el caballero asustado por la escena horrorosa en la que se encontraba, la mirada penetrante de Lidor no lo dejaba escapar -Sosténgalos a los dos- los caballeros tomaron a los dos soldados de cada brazo.

-No me gusta que me mientan, ahora me van a entregar el maldito grimorio y así terminaremos con esto de una vez- su espada se balanceaba sutil de un lado a otro, en su mente giraba una frase típica del Manual de Cadenas, "la espada no vuelve a la vaina hasta que se haya bañado de sangre", cada vez que sacaba su espada de la vaina se le venía esto a la cabeza, los años de entrenamiento se habían puesto sobre él como pesadas cadenas, las mismas que lo hacía cumplir su deber con total frialdad.

-Nos lo robaron mi Señor- el silencio se hizo profundo por un segundo fugaz, incluso parecía que la lluvia se había detenido por un instante y sólo el filo de la espada silbó en el aire seguido por un golpe y un pesado chorro de sangre salpicando los tablones del suelo de la posada, la garganta de Kleg estaba abierta en una diagonal horrible, este se llevó las manos a la herida pero la sangre manaba entre sus dedos a borbotones, un delta pesado y oscuro se deslizó sobre su pecho mientras sus quejidos se iban apagando, cuando su cuerpo cayó rendido sobre el fétido piso sus ojos se cerraron para siempre dejando solo el golpe sobre la madera.

-¿Quién se lo llevó?- limpió la espada con desazón mientras se acercaba a paso lento, los otros rojos miraban en silencio.

-El hombre que llevaba Kleg fuera de la posada- las palabras de Lidor salieron de su boca pesadas como un yunque -vayan por ese imbécil y no vuelvan sin haberlo encontrado, tienen hasta el amanecer- mantuvo su mirada sobre el soldado que de rodillas sobre el suelo solo podía temblar y gemir mientras un mar de lágrimas se derramaba de sus ojos.

-Nadie puede escapar de los Rojos, entiendes, "Ni en la noche más oscura, ni en el infierno del desierto, ni en la cumbre más alta, ni en el más hondo abismo, ni en el día del Rágnarok los Rojos dejarán de buscar a los infieles y traidores, esta es la resolución del Consejo de los Cuatro puntos Cardinales, ¿lo sabías cierto?- el soldado asintió sin decir nada, su mirada permanecía fija sobre el suelo que empapado de sangre le parecía ahora una premonición, Lidor apoyó su espada frente al pobre soldado, las llamas de la chimenea destellaron sobre el filo de la hermosa arma en destellos anaranjados que se reflejaron sobre sus ojos bañados de lágrimas -Que los dioses se apiaden de tu alma- levantó la espada y acto seguido un silbido y un golpe pe-